

nes bien avenidas y humanas ceremonias cediéndonos el paso en cada esquina. Hasta que dimos en una calzada de arenas blancas que moría muy derecha ante una ruina donde nos esperaba el misterio que, los tres juntos, habíamos ido a encontrar. Cruzamos un arco inclinando las cabezas y, como corresponde a errantes por fin llegados a destino, nos detuvimos a contemplar la razón de tanto viaje, que era el de la inocencia dormida sobre un suelo de pajas. Abrió entonces quien nos guiaba su capa para acogernos y en ese amparo común nos miramos los tres, no sé ya si puestos en algún umbral lejano o sentados otra vez sobre el bordillo de la acera, que en aquella niebla de la pipa todo era dudoso. Todo, lo diré, menos la senda clara que la lágrima de Celino había abierto sobre la cara sucia de hollín, y la lumbre que el desconocido tenía en los ojos cuando se quitó la pipa de los labios para asegurar que, en aquello tan pequeño y tan sufrido que acabábamos de ver, cabía el misterio del mundo con todas sus alegrías y congojas.

Yo estaba exaltado. Me conmovía pensando que nuestras tristezas irían a redimirse al fin en ese sueño del recién nacido tal como nos lo había hecho ver él, que era como yo nunca lo había visto. Porque al amparo de su capa hospitalaria yo había sentido que era verdad el anuncio que hiciera al saludarnos: que la noche era santa y ardía para alumbrar los ánimos ocultos y sacar de su abandono las ilusiones. Y no dudé que aquel extraño las conocía mejor que nadie, las mías y las de Celino y las de la creación entera. Y allí sentado encima del bordillo, junto a señor tan milagroso, me supe regalado por su sola compañía, y entendí que no habría secreto entre nosotros, porque ya no era yo el mismo, que también se me daba parte en los misterios de la noche. Y así fue como, sin poderlo evitar, empezaron a invadirme añoranzas que nacían de solo imaginarme la partida de aquel hombre. Me puse entonces a fantasear con que él se quedaba con nosotros, o que nos invitaba a ir con él a donde fuera, siempre amigos, cuando me sacaron de ilusiones unos golpecitos de la pipa contra el suelo. La sacudía su dueño por librarla de cenizas mustias, que allí quedaron haciendo un montoncito pálido que aún alentaba leves arrojos por la cumbre. Y de la niebla regresó entonces su voz consoladora preguntando con aquella nativa cortesía:

—Y en el empeño de hurtar, ¿les fue buena la noche a sus mercedes?

¿Querrán creerme si les digo que aquella curiosidad me sacó de ensueños para ponerme en amarguras? Porque recelé pronto que era fingida. ¿O es que podía ocultársele algo a quien nos leyerá el corazón como se lee en libro abierto cuando estuvimos acogidos a su capa? Y con ese desengaño, volví a sentir el frío de la noche, el de antes de agarrarme de su mano, y pensé que todo lo visto y oído desde que asomamos la cabeza por la alcantarilla eran burlas de nuestra inocencia que aquel extraño, tarde reparaba yo, había hecho vistiéndose para la ocasión igual que un mago. Mucho sentía la burla por llegarme su noticia cuando más tenía por amigo al burlador, y estaba ya afilando la lengua para devolverle un desaire que al menos me desahogara, cuando, muy apagadamente, llegó la respuesta de Celino.

—Regular.

Quedé yo suspenso esperando prolongaciones de la chanza, que vendría con demandas más precisas sobre nuestra fortuna, como si el que había preguntado no supiese que quien dice regular se consuela de decir que nada hubo. Pero su voz no volvía. La niebla que trajeran sus palabras mezcladas con el humo de la pipa era tan espesa que, aunque lo sabía a mi lado, no alcanzaba a verlo. Con tiento estiré un poco el brazo, para tocarlo disimuladamente, y largo se me hizo el viaje sin hallar tropiezo alguno, que, cuando quise darme cuenta, había aventurado no solo el brazo, sino medio cuerpo por llegar más lejos con la mano abierta. Y así, tentando entre la niebla, acabé por dar con trapo que me pareció de poco albergue, como no podía ser el de la capa del desconocido. Y palpando más, topé, al cabo, con una mano cerrada sobre tela que conocí de hilo, y sin verlo, me figuré el pañuelo blanco y a Celino sentado encima del bordillo con su lágrima.

De pie y a tientas, busqué en vano al que faltaba. Lo llamé por su merced y por amigo, que no sabía darle otro nombre, y reclamándolo a voces me llegué hasta la esquina. Del otro lado, la calle se alargaba en una distancia de farolas cada vez más inseguras en la niebla. Escuché por si oía sus pasos alejándose, pero nada me llegó. Nada salvo la voz de Celino, que me llamaba llena de agitaciones.

—Usebio, ven a ver, ¡corre!

Regresé a su lado con los brazos por delante, como un ciego previniendo tropiezos en la tiniebla. Antes de descubrirlo, noté que su mano me agarraba del pantalón, que tiraba de mí hacia el suelo con ansiedad. Tuve que agacharme para dar crédito a la luz que ardía junto a nuestros pies: la ceniza vaciada de la pipa era un montoncito de oro que abría con su latido una senda radiante entre la niebla.

—Santas noches —murmuró Celino, y dicho con aquel temblor en la voz parecía el arranque de un rezo muy piadoso.

Ahora les diré que en medio del asombro me acordé del ángel. Pero bien pudo ser que el pañuelo, al tiempo que se abría para recoger aquella caridad, iba levantando la niebla. Y por sus costuras abiertas se me fueron los ojos hasta dar en las cornisas otra vez alumbradas por estrellas. Desde allí, bajo el fulgor de las constelaciones, las alas de piedra seguían tirando del mundo hacia lo alto.

—Mañana, con la ceniza, compramos la corona que llevabas tú y el sombrero que tenía yo —oí decir a Celino—. Y vamos tras él, por donde iba el camino que nos enseñó en el humo.

Delante de mí, como si empezara allí mismo la senda, caminaba Celino llevando el pañuelo abrigado contra el pecho. Y yo lo veía ir sin cojear.

No sé cómo decirles lo que falta: el caso es que viéndolo alejarse tan resuelto tuve que contener una lágrima. Porque, sepan que con la compostura que a mí se me quedó en el habla, desde aquella noche tengo una facilidad también nueva para echarme a llorar.

LA CIFRA EN LA CORRESPONDENCIA DEL CONDE DE GONDOMAR

El epistolario del conde de Gondomar contiene un conjunto de cartas y otros tipos documentales que muestran aspectos importantes de la práctica criptográfica de la España moderna. En primer lugar, desde la perspectiva de la producción y recepción de los textos cifrados, se conservan al menos dos nomencladores, es decir, dos claves que constituyen el instrumento imprescindible para encriptar y desencriptar un mensaje. Por otra parte, existe un conjunto de cartas que describe el protocolo seguido para el intercambio de esas claves. Y, finalmente, como resultado de esta práctica, se conservan un buen número de misivas cifradas, bien en su totalidad, bien parcialmente, que ocultan los asuntos críticos en los que se hallan inmersos sus autores, en su mayor parte representantes de la monarquía en el exterior. Afortunadamente, en la mayoría de los casos, obra del secretario de lenguas del destinatario de las misivas, se conserva la puesta en claro de la cifra, como anotación marginal, cuando se trata de fragmentos breves, o en folios contiguos, cuando el cifrado del mensaje es completo.

Técnicamente, los nomencladores conservados nada aportan a los mecanismos de ocultación del texto habituales en la época: se trata de la técnica criptográfica en vigor durante al menos los reinados de Felipe III y Felipe IV, es decir, la de sustitución homofónica, en virtud de la cual para la sustitución de una determinada letra del texto plano están disponibles uno o más signos de la cifra, de ahí que los signos se consideren homofónicos.

El alfabeto, que da cuenta de esta correspondencia entre las letras del texto plano y las correspondientes a la cifra, que pueden ser, también, símbolos o números, se expone en el primer bloque del nomenclador. La finalidad de evitar la correspondencia biunívoca, de uno a uno entre la letra y su cifra correspondiente, es impedir el análisis de frecuencias como método eficaz de criptoanálisis, es decir, de intento de ruptura de la cifra. En efecto, ya en la época es bien conocida la frecuencia relativa de las letras en las distintas lenguas. En este sentido, en el nomenclador que se va a utilizar como modelo, que corresponde a la cifra general de 1625, y del que se conserva un ejemplar en el fondo Gondomar (II/1850, doc. 17), se observa que las vocales cuentan con cuatro cifras candidatas para su sustitución, frente a las consonantes, que disponen todas ellas de dos opciones (fig. 1).



A	B	C	D	E	F	G	H	I
1	2	m	g	5	f	9	r	9
2	n	7	6	0	a	α	10	
3			7				11	
4			8				12	

fig. 1: Detalle del alfabeto.

Pero, por si la homofonía no fuera un recurso suficiente para reforzar la cifra, existen otros mecanismos, agrupados en un segundo bloque del nomenclador, que vienen en su ayuda para frustrar casi definitivamente la tarea del criptoanalista. El primero de ellos es la correspondencia entre grupos silábicos de dos o tres letras con un símbolo, un carácter o un grupo de caracteres de la cifra, ajenos a la sustitución letra a letra siguiendo la tabla alfabética que encabeza el nomenclador. Así, a modo de ejemplo, dígrafos como 'la', 'le', 'li', se cifran, respectivamente, con 'fur', 'for', 'fer', o trígrafos como 'cha', 'che', 'chi', son cifrados con los números '100', '101' y '102', respectivamente (fig. 2).

la	le	li	lo	lu	ba	be	bi	bo	bu	da	de	di	do	du
fur	for	fer	for	for	tur	tor	tor	tor	tor	ad	ed	id	od	ud
ra	re	ri	ro	ru	sa	se	si	so	su	ta	te	ti	to	tu
98	97	96	95	94	93	92	91	90	89	88	87	86	85	84

fig. 2: Dígrafos.

Un tercer mecanismo que contribuye a la robustez de este sistema criptográfico lo constituyen las denominadas «nullas», «dúpliques» y «finales de vocales». Las «nullas», como su nombre indica, constituyen una marca que invalida el símbolo al que acompañan: suele ser una cruz, a modo de diacrítico sobrepuesto, o dos puntos debajo, y es frecuente que haya varias opciones de nulidad dentro de un mismo nomenclador. Incluso este procedimiento puede servir para eliminar renglones enteros, como se desprende del nomenclador conservado en Simancas (AGS Leg 1/1/1, 28) que, a modo de adición al final, declara que «nullas serán también todos los renglones que comenzaren con estas señales...».

AVISOS

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA, AÑO XXV, NÚM. 89 (SEPTIEMBRE - DICIEMBRE, 2019)

Las dúplices se utilizan para codificar las geminadas, como la 'll' o la 'nn'. El objetivo de este encubrimiento es impedir que el criptoanalista detecte dos símbolos iguales contiguos que, dada la escasez de este tipo de combinaciones, podría descifrar fácilmente (fig. 3). Los números, por su parte, para ser identificados como tales, suelen llevar una marca superpuesta. Por último, las «finales de vocales» permiten en muchos casos asignar el género a un sustantivo. Por ejemplo, la cifra 'no', que representa al posesivo 'nuestro', seguida de la marca ':', que es final de vocal 'na', debe resolverse en 'nuestra'.

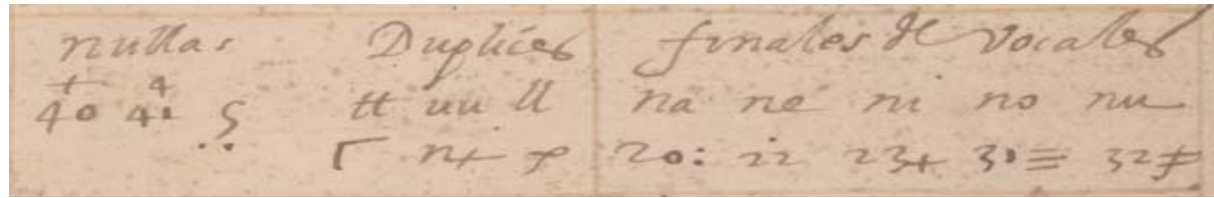


fig. 3: Nulas, dúplices y finales.

El denominado «diccionario» constituye un bloque aparte, el más extenso, dentro del nomenclátor, y está formado por la tabla de correspondencias entre palabras de uso frecuente o de ocurrencia esperable y el símbolo o grupo de símbolos de sustitución. Su orden es alfabético, por la palabra en lenguaje plano; y está organizado en columnas, haciendo corresponder a cada una de ellas un patrón concreto de caracteres para su cifra. Abundan las personas, referenciadas por su título nobiliario o su cargo, tales como los archiduques Alberto, Maximiliano, Leopoldo o Fernando, los duques de Baviera, Sajonia, Florencia, Osuna o Saboya, los reyes de Francia, Inglaterra, Dinamarca o España; nombres de lugares, como Flandes, Ferrara, Barcelona, Florencia, Argel, Inglaterra o Piamonte, que acotan la amplia geografía de la monarquía española; palabras comunes del lenguaje militar, como artillería, armada, fortificación, paz, capitán, castillo, caballería; palabras que delatan la presencia de la religión, como hereje o fe o sede apostólica o doctrina. En fin, una muestra representativa del repertorio léxico de una época histórica, con sus personajes, su pensamiento y su lucha (fig. 4).



fig. 4: Detalle del diccionario.

En lo que se refiere a las noticias sobre la práctica criptográfica contenidas en este fondo, es posible comprobar los sucesivos procesos de cambio de cifra y los protocolos que se siguen para llevarlos a cabo. El primer cambio del que tenemos testimonio es el que se produce en 1615, que corresponde a la primera embajada de Gondomar en Inglaterra: Luis Gaitán, por carta desde Pavía fechada el 15 de marzo de ese año, solicita confirmación a su remitente, el conde de Gondomar, de que ha recibido también la nueva cifra:

Lo que ahora ocurre es aver recibido entre otros despachos de su Magd. la nueva cifra con orden que, antes de usar della, sepa V.S. y de todos los que de ordinario la tienen, si a llegado a su poder (II/2169, doc. 22).

Como ejemplo de notificación oficial de la entrada en vigor de una nueva cifra, se muestra la misiva que Juan de Ciriza, secretario de Estado, envía en 1618 a don Diego, que añade, además, advertencias sobre la vulnerabilidad de la precedente, señala el modo en el que recibirá la nueva y el protocolo a seguir antes de empezar a «corresponder» con ella:

Por aver tiempo que se usa de la cifra general en que al presente se escribe y indicios que obligan a mudarla se ha hecho de nuevo la que va con esta. Valdreyssos della para los partes y de la misma manera que de la que havéys tenido hasta agora, y avisadme luego del recibo y si la dicha cifra llega a vuestras manos cerrada y con las señas que os advertirá el secretario Juan de Ciriça, enviándole la cubierta para satisfacción de que en el camino no se ha tocado a ella, y también avisaréis a mis ministros... para que tengan entendido que está en vuestro poder la dicha nueva cifra y hecho esto y no antes os corresponderéis en ella conmigo y con ellos. (II/2541, fol. 14r).

De 31 de marzo de ese año de 1618, se conserva la carta que acompaña la propia cifra, y que describe con precisión el sistema de protección para garantizar la confidencialidad de la entrega, también firmada por Ciriza:

Su Majestad ha mandado que se mude la cifra general que hasta agora se ha tenido y que en su lugar se husse de aquí adelante la que va con este despacho, debajo de dos cubiertas, la primera sellada con tres sellos míos con lacre, que son como el que va a la margen de esta carta, y la otra cubierta va cerrada con un sello de Su Majestad, también con lacre, y el sobreescrito diçe: papel para guardar rubricado de mi mano. Avisolo a V.S. en conformidad de lo que contiene la carta de Su Majestad, para que se execute lo que en ella se apunta. (II/2174, doc. 18).

Respecto a la remisión de las cubiertas al remitente para verificar la integridad del envío, de acuerdo con el protocolo de seguridad, se trae a colación un testimonio de noviembre de 1623. Su responsable es Carlos Coloma, sucesor del conde de Gondomar en la embajada de Inglaterra:

—Ese niño del que predicáis con voz tan amiga, porque amigo quiero llamaros desde ahora, no es tan nuevo, que lo recuerdo yo desde la más tierna edad de mi crianza. Y muchas noches ha venido desde entonces sin que su llegada valiera para mudar la triste condición del mundo, que sigue siendo la de dar pésames a los cuatro vientos por tanta desgracia como anda repartida. Y con no redimir al mundo, tampoco me redimió a mí, que en casa mendiga me crie y en pobre casa siga, señor únicamente de mi necesidad, que también es la de este —y al decirlo, yo señalaba la cara pánfila de Celino, que allí seguía sentado con su lagrimilla viva y el pañuelo metido en el puño—, cojo desde que nació, y tan sin estrella, que a la renquera añade una simpleza igual de mala de disimular, la cual le gana burlas y algún que otro trompazo, no siempre merecido. Pobres y apaleados, pues, seguimos desde antiguo y esas hogueras y luminarias del cielo que, asegura su merced, tanto bueno han de publicar, no sé si no velen mejor por hacer más cristalina nuestra desgracia.

Diré que nunca me escuchó nadie como me escuchó aquel señor de tanto atavío y gravedad, allí sentado en el bordillo. Y como si rumiara mi discurso con una paciencia cuya demora debía ser parte ya de su respuesta, empezó a buscar entre los pliegues de la capa, y primero sacó a la luz un saquito de cuero muy adobado, con una cinta de color cereza por gorguera, y tras él vino una pipa, no menos trabajada, que por cazoleta tenía la figura de una sirena que se peinaba mirándose a un espejo. Con mucha delicadeza tomó un pellizco de tabaco de la bolsa y a la luz de la farola era la picadura del mismo color rubio que la perilla de su dueño. Cebó el hornillo y quedaron unas hebras volanderas asomando por la boca de la pipa, que parecían talmente los cabellos sueltos que quería peinarse la sirena. Y palpándose otra vez los ropones bajo la capa en busca de lumbre, se adelantó la mano de Celino a darle fuego, que estaba yo maravillado de tanta diligencia en quien siempre anduvo tardo para todo. Del pasmo me sacó la voz del hombre, envuelta en un humo muy blanco, y el gesto que me hizo de que fuera a sentarme junto a él. Obedecí sus indicaciones, dejando a Celino al otro lado, de suerte que el desconocido hablaba echando nieblas en el aire en medio de los dos. Y así sentado, atendí al cuento de su voz, del que no olvido ni las comas, que parecía que las dibujaba en el aire, tan aplomado era al hablar.

—El pleito que habéis puesto a la injusticia, buen amigo, que también quiero yo pagaros con la misma cortesía en el trato, es el propio de quien ya no sueña con ganarlo. Mas también es cierto que quien no pena no ha de redimirse de su necesidad. Cada cual tiene la suya y es gran misterio saber cómo la ganó. Por resolver tan secretas suertes damos algunos en mirar órdenes de estrellas, en leer constelaciones y en prevenir rumbos de planetas, pero con ello, tampoco se nos alcanza la razón del mundo.

Aquí hizo una pausa para atizar la pipa y poner grandes humos en el aire. Luego nos miró un momento, que a su flanco seguíamos sentados, sin perder una palabra de lo que decía, y suspiró muy hondamente antes de continuar.

—Yo creí, si no soñé, haberla hallado una vez, esa razón, digo, y fue por seña luminosa que a su paso todo lo conmovía. Atendí al discurso de una estrella que ardía por encima de un monte buscando lejanías y por ellas me adentré procurando no perderle la cola, que a su rabo en llamas anduve años y leguas dejando tantas jornadas a la espalda que vida y sueño acabaron siendo una misma memoria del camino. Y andando me hice viejo. Hasta que un atardecer —abrevio por no cansar a sus mercedes con el cuento de cada posada con su noche mal dormida, de cada limosna ida en consuelo de un desconocido y de cuantos naufragios y zozobras supe librarme en los mares que pasé—, reconocí el final de tanta travesía. Se apagó la estrella cuando más cerca que nunca la tenía, y en medio de una tiniebla que puso a la tierra en completa ausencia, oí el llanto de un niño. No sabré decirles, amigos buenos, cuánto me estuve a oscuras, si fueron años o lo que dura un suspiro. Sé que de la ceguera volví yo, y conmigo la entera creación que se había oscurecido, solo cuando cesó el llanto y empezó a afirmarse un cantar, que era el de la madre poniendo en sueños al niño que lloraba. ¡Qué felicísima congoja! Crean sus mercedes que, haciendo memoria, no hallo en todos los días de mi vida, ni en libro ni en astro que sepa recordar, otro misterio que valga tanto desde la mañana que el mundo conoció al padre Adán. Y sepan ahora que, por renovar su intriga, que es una melancolía muy dulce y muy serena que no abandona a quien la ha visto, peregrino cada año, llegado el tiempo, a renovar esta función.

El discurso del hombre iba envolviéndonos en el humo de la pipa, que era muy nevado de color y se espesaba lentamente a la redonda, como un paño perezoso. Y advertía yo que nos alcanzaba un perfume de incienso mezclado con flor de azahar, sin el descuido de una punta de laureles, cada vez que el desconocido echaba el aliento sobre la noche. Cuando guardaba silencio, hablaba aquel humo perfumado, que en su ascenso empezaba a dibujar caminos en el aire y a levantar desiertos y soledades que daban temor por su hermosura. Y tras ellos se avistaban puentes y molinos, herrerías y rebaños, palacios antiguos que relucían y un balcón bajo el cielo al que una niña se asomaba por ver las procesiones de estrellas. Y nosotros las veíamos con ella, que la pipa sabía también echar sus chispas a volar cuando consentía el fumador.

—¿Y anduvo tanto mundo siempre solo?

Yo ya no sabía si Celino era él o le pasaba como a mí, que en los atrevimientos estábamos los dos desconocidos. Mas el hombre sonrió muy discretamente y volvió a echar al aire aquella voz suya como de campanas afinadas, ahora para pedirnos que nos fijáramos en lo que venía. Y chupando la pipa con los ojos cerrados, alentó otra humareda, una larguísima, que fue a confundirse con la de una lumbre de pastores. Y de tan vecina como se pintó en el aire, parecía que podíamos calentarnos las manos sin dejar el asiento del bordillo. Juntos así los humos, en seguida compusieron el rumbo de una noche muy callada, que era la nuestra, porque en aquel sendero de niebla nos vimos caminantes Celino y yo un paso por detrás del desconocido. Íbamos cruzando palmerales y entrando por callejas encaladas, tocados los tres con distinto arte, que llevaba nuestro guía turbante plumado de avestruz, yo una corona de ocho puntas bien contadas y Celino el sombrero de copa con que se nos presentara el que ahora dirigía, pero los tres pausados al andar y en ameno coloquio de amigos, que todo eran razo-

Yo repliqué tan resueltamente por aparentar una llaneza que no sé si me salió excesiva. Porque aquel hombre, anunciándose bajo un sombrero de copa, servido de bastón y envuelto en una capa que le cubría hasta los pies, invitaba a mayores gravidades.

—Que no le dé por nevar —se atrevió Celino.

El desconocido recorrió despacio las alturas con la mirada antes de concluir con muchas galas en la voz.

—Pudiera ser, que nada hay imposible, pero con cielo tan raso como el que nos vela, no ha de caernos otra gracia que la luz de las estrellas.

Simpladas de Celino, la verdad, andarle pintando nieve a firmamento tan lucido. Allí lo único seguro era que la suerte no nos acompañaba. Hasta los luceros parecían concertados en denunciar nuestros pasos. Nosotros, que llevábamos un buen rato metidos en la negrura de una cloaca esperando a que otra oscuridad igual de negra nos defendiera de mirones al salir. Sobre todo del perro que nos había corrido hasta dejarnos sin aliento. Y ahora resultaba que la noche tenía tantos ojos que no se podían contar, y una voz sin prisas que pedía conversación.

—¿Pero qué rumbos traen o qué camino llevan señores tan vestidos de tiniebla?

Así lo dijo. Si ustedes le hubieran oído también lo recordarían. Aquel extraño sabía echar al aire un discurso como de seda, aunque fuera para pedir explicaciones. Y sentía uno que preguntaba con una gentileza que no era de este tiempo, si no atinase mejor diciendo de este mundo. El hombre seguía allí de pie, sin dejarnos marchar, insistiendo en saber.

—¿Y qué alianzas con la noche buscan con tal disfraz, que costaría separar sus figuras tan de luto de la pura ilusión de dos sombras errantes, apenas descifradas al pasar?

La verdad es que, después de las angustias de la carrera, daba gusto oír aquella voz tan reposada. Y entenderla. Yo, quién lo entiende también, había empezado a entrar en calor a pesar del frío y sentía, con una novedad muy plácida, que las palabras del desconocido me acariciaban los oídos igual que si fueran plumas. De manera que, abandonándome a esa fiesta de las alas ligeras, me hallé con ánimo de responder. Y fue entonces cuando al asombro de verme casi en sofocos en medio del hielo, se sumó el de oír mi propia voz como nunca había sonado. De buenas a primeras, me escuché diciendo razones que no parecían mías: «Largo cuento sería, buen hombre, traer aquí el motivo de nuestro fúnebre embozo —fíjense a qué ramas me subía—, que no lo es tanto por luto como por necesidad, pues bien probado está que, en quien nació pobre de condición, la necesidad y el luto son trama de una misma prenda tejida con el hilo desgraciado de la calamidad». Estos donaires, que a mí antes nunca me visitaran, me brotaron espontáneos y con tan pasmoso concierto que no dudé en atribuirlos a la cercanía de aquel desconocido tan gentil. Y empecé a creer que, al tenderme la mano enguantada para sacarme de la alcantarilla, me había comunicado también una gracia nueva en el discurrir.

Aún iba a decir más, que las palabras me venían solas, pero se me adelantó Celino. Y lo hizo con un atrevimiento que tampoco le conocía, porque, sin reserva alguna en hombre que siempre fue dado a vergüenzas y rezongos a media voz, echó la lengua a pacer, que no pretendo decirlo de otro modo, y llanamente confesó que de negro se viste el ladrón por honrar su condición. Quise yo justificar la falta ante extraño tan respetable como el que nos escuchaba diciendo la verdad completa, que era la de ser ladrones de ocasión, y que esta era la primera, forzada por tanto obsequio como se juntaba al presente en plazas y escaparates, que aquellos alardes eran causa de que se sufriera peor la amargura de saberlos siempre ajenos, cuando el hombre levantó una mano, como renunciando a más explicaciones añadidas, y recogió hacia un lado la capa para sentarse en el bordillo de la acera. No se figuran con qué garbo halló acomodo aquel hombre en tan humilde asiento. Y así sentado, remangándose un poco unos faldones de rayas azules que asomaron por debajo de la capa, dejó a la vista las puntas de dos babuchas curvadas hacia el cielo, y las columpió un momento a la luz de la farola, que tal parecían las puntas de dos fórcolas venecianas meciéndose en un canal bajo la luna. Yo ya no me extrañaba de las cosas que se me ocurrían estando allí a su lado.

—Pues mala noche escogieron sus mercedes para robar —dijo—, que no habrá otra con más resplandores en el año. Hoy brillan hogueras celestiales encima de cada paso y no ha de quedar rumbo en la tierra sin su noticia, ni espuma de nave sin su declaración, ni corazón dormido sin su sueño de justicias reparadas, ni ánimo secreto sin predicar por mucho que quisiera celarse su argumento, que a poner luz en lo escondido y a sacar de palidez las más tibias ilusiones, viene esta noche el candor de un recién nacido, como viene una vela a triunfar de la tiniebla con los primeros ardores por su cabo.

Fue decir esto y ponerse Celino a estornudar, que el frío ya debía llegarle hasta los huesos. Y allí encogido, con los mocos colgando al tiempo que se cruzaba la chaqueta con la mano, que no había botón que la cerrase, se me representó tal que un niño grande y desvalido. Entonces, el extraño sacó de debajo de la capa un pañuelo blanco y se lo tendió a Celino, que lo tomó con gran cuidado antes de llevarlo a la nariz. Y con él así prevenido, sin atreverse a usarlo todavía, se sentó muy despacio y con mucho respeto al lado de su valedor. Mirando aquella estampa pensé yo en un discípulo arrimándose agradecido a su maestro. Y cuando Celino se sonó al fin, le acudió una lagrimilla a los ojos, que entendí de gratitud por el pañuelo. Yo sentía el mismo alivio, aunque sin lágrima, que nunca las tuve fáciles, y no dejaba de pensar en tanta promesa dichosa como allí acababa de ofrecerse, que mientras el desconocido hablaba, todo era posible o todo era verdad. Estaba yo crédulo de cuanto dijo, pero quise quedarme particularmente con aquella ventura de las justicias reparadas. Y hallé donde sostener la ilusión de que estaba al caer ese amparo pensando que los remiendos pendientes ya habían empezado a pintárseme al menos en el habla. ¿O no se ha dicho con razón que pobre bien hablado parece más honrado? Y así, algo más atrevido de la cuenta por saberme dueño del misterio que me visitaba, que era el de despertarme párrafos que ni yo sabía dónde amanecían, me atreví a decir:

AVISOS 89

Dos cartas me trujo Rivas de V.M. con las buenas nuevas de su salud, que yo deseaba y desearé siempre. La una remitiéndome la nueva cifra, que llegó sana y salva, cuyas cubiertas ban aquí como V.M. me lo manda... (II/2590, fol. 43r).

En los mismos términos se expresa Pedro de Arce, secretario ya de Felipe IV, en su envío de una nueva cifra en julio de 1640, esta vez a Antonio Sarmiento de Acuña, hijo de don Diego, conde de Gondomar (II/2208, doc. 46). Aclara, a mayores, que «convendrá también que V.S. avise a los demás ministros de Italia, Flandes, Alemania y Inglaterra como está en poder de V.S. esta nueva cifra». Y solo cuando se haya efectuado esta comunicación podrá «corresponderse» con la nueva cifra.

El arco cronológico de esta colección criptográfica se extiende desde 1568 hasta 1642. De la primera fecha se conservan tan solo dos cartas dirigidas al duque de Alba por Guerau Espés en 1568, evidentemente ajenas a la biografía del conde de Gondomar, pero custodiadas en su archivo (II/2196, docs. 145, 148). En el otro extremo, 1639 y 1642, se encuentran las cartas dirigidas a Antonio Sarmiento de Acuña, primogénito de don Diego, que asumiría, al igual que su padre, un papel importante en la diplomacia española en distintos territorios de la Monarquía, tales como Italia, Flandes o el Franco Condado.

Sin embargo, el núcleo principal de las cartas en cifra del fondo Gondomar está formado por dos bloques que, cronológica y temáticamente, se corresponden con la primera y la segunda embajada del conde de Gondomar en Inglaterra. Los temas abordados en las cartas cifradas circunscritas a esos dos periodos están siendo objeto de estudio por parte de la Real Biblioteca y se espera dar a conocer en breve los resultados.

Para finalizar, y a modo de avance del estudio mencionado, se ofrecen a continuación dos testimonios de uno de los temas, tal vez el más predecible, correspondiente a la segunda embajada, que se desarrolla entre los años de 1620-1623: las negociaciones para el fallido intento de matrimonio de María Ana de Austria, hija menor de Felipe III, con Carlos, hijo y heredero de Jacobo I, rey de Inglaterra y Escocia. Por las consecuencias que se derivarían de este enlace para los destinos de ambas monarquías y por los intereses contrarios de Francia, es fundamental garantizar la confidencialidad de la negociación a través la comunicación cifrada.

El primer testimonio, datado en 1619, procedente del dominico Diego de la Fuente, confesor de Gondomar, refleja la necesidad de la cifra para proteger la información sensible sobre esta negociación y exponer su preocupación por las informaciones que por diversas vías le están llegando a Jacobo I, adversas a la concertación del matrimonio:

Quiero decir a V.S., en carta a parte y en cifra, el daño que han hecho algunos papeles que han llegado a manos de este rey [Jacobo I] de personas que están en España, en Madrid, en que dicen que tienen certeza de que al rey nuestro señor no le pasa por pensamiento concluir el casamiento con este príncipe sino en Alemania, que se verá bien presto que es así. He sabido esto de buena parte y bien cierto y que algunos papeles (que an sido muchos los que ha visto este rey y todos conformes) son de religiosos y de otras personas de quien cierto cavallero muestra hacer mucha confianza y que el entender esto el rey, me dicen, le ha metido en desesperación (II/551, fol. 103v).

El asunto es controvertido y no parece conveniente que el rey inglés desconfie del propósito firme del español para llevar a cabo el casamiento. En este segundo testimonio, en cifra y dirigido al conde de Gondomar, se comprueba que las exigencias que debe aceptar el rey inglés, al menos en lo tocante a religión, son lo suficientemente severas para que nada estorbe la negociación. Bajo el encabezamiento «Lo que se ha de dezir al señor embaxador de Inglaterra y pedir respuesta», se enumeran doce condiciones, entre las que constan, al margen de otras, la educación católica de los futuros infantes, su bautizo según el rito de la iglesia romana, la necesidad de que todos los miembros de la casa que lleve la infanta sean católicos, incluidos los criados de los criados y las amas de cría, o que cuenten con una iglesia pública para la administración de los sacramentos. Todo ello al margen de «la tolerancia de nuestra religión en Inglaterra, por ser cosa ya ofrezida».

En definitiva, la correspondencia del embajador de Felipe III en Inglaterra brinda el contexto idóneo para la práctica criptográfica, y su examen permite extraer datos suficientes para ilustrar los aspectos puramente técnicos del proceso de cifrado, así como seguir las pautas del protocolo del cambio y remisión de las nuevas cifras, y el análisis de la información crítica objeto de este tipo de comunicación.

Sandra Establés Susán

DICCIONARIO DE MUJERES IMPRESORAS Y LIBRERAS DE ESPAÑA E IBEROAMÉRICA ENTRE LOS SIGLOS XV Y XVIII
Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018

El surgimiento en España de la historiografía en cultura del libro vinculada a la presencia femenina vino dado, en su origen, por la necesidad de recoger el elenco de mujeres cuya pluma alcanzó relieve. Esa fue la percepción a fines del siglo XIX de un erudito como Manuel Serrano y Sanz con su obra pionera, *Apuntes para una Biblioteca de Escritoras Españolas desde el año 1401 a 1833*, aparecida finalmente en Madrid, entre 1903 y 1905 en dos volúmenes, tras haber sido premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso bibliográfico de 1898. Esta línea de reunir a escritoras ha tenido luego larga proyección, aun con vacíos ocasionales que alcanzan décadas, y han sido habitualmente otras mujeres las encargadas de publicar estas periódicas recopilaciones. Recordemos, en el caso de la poesía, la *Antología poética de escritoras de los siglos XVI y XVII* (Madrid, Castalia, 1989) debida a Ana Navarro, o la *Antología poética de escritoras del siglo XIX* de Susan Kirpatrick (Madrid, Instituto de la Mujer, 1992). A las mencionadas cabe añadir la recopilación llevada a cabo por Isabel Calvo en su *Antología biográfica de escritoras españolas* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1954) y la de María del Carmen Simón Palmer en *Escritoras españolas del siglo XIX: manual bibliográfico* (Madrid, Castalia, 1991).

Otro vector de atención ha derivado de la posesión libraria y del intento de obtener conclusiones sobre la lectura, par-

tiendo de los propios ejemplares. La línea más recurrente en el tiempo ha sido, en este sentido, la de las reinas. Recordemos el clásico *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica* de Sánchez Cantón ([Madrid, s.n.], 1950), un trabajo modesto comparado con la aproximación de Elisa Ruiz al respecto, *Los libros de Isabel la Católica: arqueología de un patrimonio escrito* (Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004), fruto de otras perspectivas. Y hay que mencionar observaciones de sumo interés que han hecho otros investigadores sobre la materia de las bibliotecas reales femeninas posteriores a doña Isabel, como las vertidas por Fernando Bouza en «La biblioteca de la Margarita de Austria», la esposa de Felipe III [*Estudis*, 37 (2011), 43-72], o especialmente, María Luisa López-Vidriero, que ofrece detalladas consideraciones sobre las librerías de reinas dieciochescas en *The Polished Cornerstone of the Temple. Queenly Libraries of the Enlightenment. The Panizzi Lectures 2004* ([London], The British Library, 2005) y entrega una ambiciosa obra, tanto catalográfica como histórica, en *Constitución de un universo: Isabel de Farnesio y los libros* (Madrid, Patrimonio Nacional, 2016, 3 vols.), donde vuelve a incidir por extenso en el canon de una literatura de consumo femenino, no abordado suficientemente.

Una línea de estudio distinta, pero también llamada a ahondar en la sociedad cultural del libro y la mujer ha sido la del examen de inventarios –sin llegar a la identificación de ejemplares– de los protocolos notariales. Libro notable al respecto para el contexto hispano es el de Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo, *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI* (Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004), centrado en inventarios fechados entre 1529 y 1599. Las aproximaciones a la cultura escrita bajomedieval y altomoderna con el universo femenino como trasfondo, han derivado en diversas contribuciones que evitamos referir por no resultar fatigosos. Baste indicar la de Isabel Beceiro para la Castilla de los siglos XIII-XV («La relación de las mujeres...», en Antonio Castillo (ed. lit.), *Libro y lectura en la Península Ibérica y América. Siglos XIII a XVIII*. [Salamanca], Junta de Castilla y León, 2003, pp. 15-52).

Al margen de lo dicho, se echaba en falta otra perspectiva de estudio y análisis, una como la que da lugar a esta reseña, centrada en la materialidad del libro en su producción de imprenta primero y su difusión comercial después, es decir, la que aborda el caso de mujeres impresoras y librerías. Hace casi un cuarto de siglo que vio la luz un utilísimo *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*, realizado por Juan Delgado (Madrid, Arco Libros, 1996, 2 vols). El repertorio de Establés, en compañía del de Delgado, completa el panorama de la imprenta hispana bajo los Austrias, con la ampliación en el caso del *Diccionario de mujeres impresoras* de su arco temporal, que alcanza al siglo XVIII, y del espacial, que se extiende al continente americano. Por lo demás, la organización tanto de encabezamientos y contenidos como de índices responde al mismo criterio en ambos repertorios. A mayores, el libro de Establés recoge también a las librerías e incorpora como anexo final quince árboles genealógicos de familias resaltando en cada uno a las mujeres vinculadas al mundo editorial. A las viudas, en su mayoría, que aparecen en el repertorio de Delgado –al margen de alguna otra impresora con entidad propia del periodo habsbúrgico, como la vallisoletana Mariana de Pereda o la madrileña María de Quiñones, mujer de Juan de la Cuesta–, el diccionario de Establés incorpora cuatrocientas quince entradas, lo cual nos da una idea más justa de la presencia femenina en la imprenta y aleja su papel lejos de lo meramente anecdótico.

El *Diccionario* es obra muy noticiosa y documentada, copiosa en notas y rica en ilustraciones que con generosidad reproducen portadas con el pie de imprenta donde figura el nombre de la impresora, colofones y firmas autógrafas tanto de impresoras como de librerías. Si Delgado, en su condición de bibliógrafo, hacía una breve introducción a su repertorio tras la presentación de Jaime Moll, Establés, estudiosa de la imprenta, ofrece un estudio preliminar muy amplio, «Las mujeres y el negocio editorial en España e Hispanoamérica: impresoras, librerías y editoras», cuyo contenido es herencia de su trabajo de investigación para doctorarse en la universidad de Zaragoza en 2016. Bajo la dirección de Manuel José Pedraza Gracia, creador de la colección «...In culpa est», la tesis de Establés corresponde al quinto título publicado de la serie. En esta misma colección había ofrecido un anticipo sobre el tema del libro que nos ocupa en «Las mujeres y la imprenta manual en España (s. XV-XVIII). Una aproximación a la actividad profesional femenina», [*Tiivillus*, 3 (2017), 15-23].

El estudio preliminar se inicia con diversas consideraciones sobre el período incunable y se centra en la labor de las hermanas Lucena, hijas de Juan de Lucena, judío converso, activas hacia 1475 en la Puebla de Montalbán (Toledo) y encausadas por la Inquisición. Las notas al pie son particularmente amplias, eruditas y clarificadoras.

Un número mayor de noticias documentales relativas al siglo XVI permite a la autora extenderse en la actividad de la mujer en torno a las prensas y repasar las estrategias de continuidad del negocio editorial a partir de la herencia dejada por padres y maridos habitualmente. Los mismos ejes interpretativos –continuación y visibilidad– se mantienen en el estudio correspondiente al siglo XVII, pero al desarrollar el contenido correspondiente al siglo XVIII, se añade a estas premisas el estudio de las actividades en torno al taller. Hay que tener presente que la Ilustración y las nuevas consecuencias culturales que genera tuvieron en el mundo de la imprenta un amplio reflejo. Recuérdese, en una perspectiva europea, que los tipos bodonianos no se entienden sin el racionalismo filosófico de la Ilustración. Y en España, la actividad de Joaquín Ibarra o Benito Monfort tampoco, si se excluye este contexto de civilización.

El discurso de Establés se acompaña de tablas y gráficos que dan cuenta de nombres y fechas de actividad en las imprentas estudiadas. En el caso de América se recoge la figura de la mujer como inversora en la financiación de ediciones, especialmente en un contexto de publicaciones religiosas destinadas a proveer a los conventos. Solo en México llegó a haber cuarenta editoras-costeadoras en el período virreinal, tal como recogió Toribio Medina. No faltaron tampoco mujeres nobles respaldando este tipo de inversiones, presumiblemente para favorecer intereses de sus linajes.

Al margen de la situación más común de mujeres propietarias de imprentas o librerías en su condición de viudas o de

«hijas de», Establés documenta numerosos casos de asalariadas que no eran de la familia, ejerciendo probablemente de dependientas en las librerías además de llevar a cabo labores vinculadas al área del servicio doméstico [p. 159]. Tanto en librerías como en imprentas, se documenta el caso de numerosas criadas y recaderas vinculadas a esos establecimientos al tiempo que sus maridos ejercen como tipógrafos o como libreros. También existían vendedoras ambulantes adscritas a libreros determinados, que, si no estaban despachando en el mostrador, vendían impresos baratos por las calles, como cartillas, calendarios y tablas astronómicas. A un nivel de mayor solvencia económica, se dio en España también la misma situación aludida en el caso de América: mujeres muy acomodadas que financiaban a impresores por muy diversas razones, desde la obtención de ganancias hasta la colocación de un pariente en el taller del impresor financiado. Un caso temprano de este tipo de acuerdos lo ilustra Leonor Eximénez en la Valencia de 1488: financió a Lambert Palmart y logró con ello que entrase un familiar en el taller. El trato fue fructífero también en lo sentimental pues más tarde se casarían Leonor y Lambert. El repertorio de Establés documenta también relaciones entre propietarias impresoras y librerías editoras, sin ser familia, lo que revela cierta sororidad empresarial.

Las conclusiones del estudio son claras: a medida que los sistemas industriales fueron avanzando en el tiempo, la presencia femenina en el entorno editorial se hizo mayor. De seis mujeres vinculadas a la imprenta en el siglo XV, se pasa a ciento setenta en el XVIII, aunque lo verificable con testimonios documentales –recuerda la autora– siempre es menos de lo real. En América la presencia femenina es menor que en España frente a lo que pudiera pensarse por ser la península ámbito de una sociedad de cristianía vieja y de valores masculinos (armas, gobierno) frente a la «nueva sociedad» americana. En todo el XVI solo hubo cuatro mujeres impresoras en América y en el XVIII no pasan de dieciséis los casos documentados. Establés atribuye cifras tan bajas al enorme peso social de lo masculino: la consideración de una mujer al frente de una imprenta o de una librería dependía del prestigio heredado, pero raramente alcanzaba altas cotas de consideración social cuando era ella, una mujer, la fundadora del negocio [cfr. págs. 163-164]. De este modo, la vía de promoción social femenina se restringía al matrimonio por intereses familiares de sagas de impresores o libreros.

Otro aspecto laboral descrito por Establés, referido a establecimientos donde el volumen de negocio era elevado, evidencia que el papel femenino, incluso en los casos de titularidad de la imprenta, estaba relegado a la presencia masculina al frente, por ejemplo, de las gestiones vinculadas a la administración económica del taller o de la librería, ya que créditos y préstamos parecían encontrar un margen de confianza mayor cuando se negociaban entre varones.

El *Diccionario* de Establés es una obra de enorme valor documental y especialmente significativa para el ámbito americano, carente de estudios sobre la presencia femenina en el entorno editorial. México, Perú y sus ciudades son los países mejor representados en este repertorio. En comparación con ellos, resulta llamativa la falta de rastros documentales sobre otras mujeres activas en otras grandes ciudades americanas o en puertos notables. Ciertamente, como señala la autora, los documentos no reflejan una realidad social que hubo de ser mayor que la huella dejada en los archivos.

CENIZA

Pablo Andrés Escapa

–¡Santas noches!

Hay saludos que comprometen, quién lo duda. Y este era de los que abren las puertas a la buena fe. Pero eso lo ve uno ahora, pasado el tiempo. Cuando lo oímos, estábamos Celino y yo como para devolver gentilezas. Lo único que nos preocupaba era que alguien nos descubriese a aquellas horas y de semejante facha: Celino con la cara tiznada de negro, que se empeñó en las seguridades que le daba ese disfraz; yo sin hollines, pero tan sombrío de ánimo que había de parecer más oscuro que él. Y de pronto aquella voz recibiéndonos a ras de suelo. Ahora es fácil decir que no hubo azar en el encuentro, que los milagros lo son por necesidad.

Debíamos componer una estampa más que dudosa, Celino y yo. Imagínense: dos cabezas asomadas a la boca de una alcantarilla con los ojos levantados hacia las estrellas. Y allí, vibrante en el aire helado, el susto de aquella cortesía inesperada. Yo veía un ángel de piedra esculpido sobre la cornisa de un edificio altísimo, muy pálido y muy sereno. Con las alas abiertas parecía a punto de elevarse de esta tierra. Y sentí que tiraba de nosotros hacia arriba, y de una farola que, junto a la boca abierta de la alcantarilla, tenía la luz temblona. Confundido por los titubeos del farol, tuve la impresión de que el ángel movía los labios. Estaba a punto de devolverle el saludo, sin salir de asombro, cuando la voz que nos había recibido dio paso a una mano tendida para sacarnos a la calle.

La que allí vi iluminarse entrando en el círculo de luz resultó mano tan blanca como me había parecido la voz, al asomarme al mundo. Un guante de cabritilla me reclamaba a la altura de los adoquines. Y por encima de la tela, ciñendo uno de los dedos tan delicadamente vestidos, una piedra roja ponía destellos de brasa en la noche de hielo.

Noté que Celino vacilaba, junto a mí. Y a lo mejor fue eso lo que me dio la resolución que él no tenía. Acepté el guante con su gema y prendido de un súbito ardor que me alcanzó tras el encuentro de las manos, me giré, ya de rodillas en la acera, para aupar a quien venía detrás. Las veleidades de la farola avivaron el poso de zozobra en la expresión de Celino que, apenas se vio de cuerpo entero en la calle, comenzó a sacudirse la ropa como quien quiere sacudirse también la memoria de donde ha salido.

–¡Santas noches!

–Frías, querrá decir, frías como un demonio.